

M. Haberlandt: Die Völker Europas und des Orients. 1920.



De esta obra, dedicada a la descripción etnográfica de los pueblos de Europa y del Oriente, sin llegar a la India ni Turquestán y demás países de más a levante, pero sí al norte de Africa, de las 266 páginas dedica 136 a Europa y de ellas 24 a las naciones latinas, de las que 8 son para Francia y menos de 7 para la Península Ibérica; dos páginas son para los vascos de una y otra parte de la frontera.

Aparte de lo solitario del *euskera* en la agrupación de idiomas, hace notar su numeración, su calendario y sus denominaciones de parentesco, así como el apero de labranza llamado «laya»; en utensilios y procedimientos de la industria de la leche y el queso cree encontrar analogías con los de otros montañeses europeos en los Alpes, Balkanes y Escocia (aunque considera indígenas los nombres de los animales domésticos); en la talla de la madera, métodos de caza y pesca, etc. reminiscencias de la época y cultura europea, anterior a los indoeuropeos.

La casa, si bien cubierta de tejas, la confunde equivocadamente con la toscana, napolitana y calabresa, así como con la del mediodía de Francia y las de España sin distinción; equivocado es también el confundir con lo general en los latinos las costumbres caseras; a la par que la, epístola de S. Pablo le da, sin verdadero motivo, ocasión a creer en una exagerada subordinación de la mujer en los vascos.

Haremos notar que en Cataluña conocen la laya con el nombre de «paló» y que usan de un modo parecido la «fanga» de tres o cuatro dientes, pero una sola para cada persona.

El autor añade en la obra citada la creencia en brujas y el temor al mal de ojo y maleficio, pero haciendo constar que esto no les distingue de los demás españoles y de los italianos; más exacto sería extender a más territorios estas supersticiones. Refiriéndose a España en general hace notar la poca densidad de población como medida infalible de poca cultura, prescindiendo de establecer dife-

rencias, cuyo olvido es injusto, como lo es el prescindir de condiciones geográficas, aunque también las hay históricas y jurídicas. Generaliza enormemente lo primitivo y miserable de la vivienda o cortijo, sin más que un piso y sin más abertura que la puerta, sin cama y durmiendo vestidos sus habitantes; encuentra semejanza de españoles con italianos y franceses en las bodas y sus precedentes.

En los italianos menciona bancales y silos, el yugo prerromano y la hoz dentada, las cabañas redondas de los pescadores, las arcas, la jarra con pico, los amuletos, el tocado blanco de las mujeres; la casa con establo y portal en el bajo, escalera exterior para los aposentos, disposición que generaliza (excepto en el norte alpino) también para el mediodía de Francia, *vascos* y diversos puntos de España, así como para Dalmacia, prescindiendo de diferencias importantes.

En los franceses indica la deformación artificial de la cabeza en el sureste, la unión de aposento, establo y granero en un edificio, miserable al sur del Loire, sin separaciones ni para la cocina, sin ventanas, con chimenea como único medio de calefacción, en el noroeste la cama encajonada, el banco de honor, la mesa suelta y el banco corrido, en el mediodía la cama de tarima, el arca, los taburetes y los bancos de chimenea, los morillos de tres pies, las rucas abultadas, los candiles, en las montañas la talla de madera de estilo montañés europeo.

En la montaña escocesa y en las Hébridas halla la casa de mampuestos, de un piso, la mitad para la familia y la otra mitad para el ganado, separadas solo por piedras sueltas, la cabaña de tierra escocesa con el hogar en medio; en el norte y poniente de Inglaterra la población de alquerías dispersas, en Gales las techumbres de paja, casas de dos piezas una para dormitorio indistinto, en Irlanda solo piso bajo, de mampuestos y barro, cubierta de cañizo y paja, cocina, con chimenea y tarimas para dormir, establo o granero, saledizos para asiento o taburetes, llar, arcas, «slidecar» que no llega a ser narria, «coracle» o embarcación de cesto forrado; en Gales comidas de sopa, patatas, pan, queso y sidra, en Irlanda el capusayo.

En Escandinavia indica la población dispersa en alquerías en el noroeste, incluso en Dinamarca la persistencia de casas sin chimenea, en Noruega las que no tienen compartimentos, prensas calandrias, husos de la edad del bronce, moldes o sellos con símbolos prehistóricos, vasos enormes de madera para cerveza, tortas

de avena, combustible de estiércol, zahones de cuero, skies, choza redonda.

En Alemania señala rasgos de comunidad cooperativa en viñadores del sur e isleños del norte, las alquerías dispersas en pequeños distritos de poniente y sur, como en alta Alemania los lugarejos; limita las cabañas sin compartimentos a las branizas de los Alpes; a las redondeadas de leñadores y carboneros; señala la casa del noroeste con un solo piso llano, incluídos establos, granero, pajar y vivienda, hogar abierto, muebles sujetos a la pared; persisten hechizos de vegetación transformados en bromas en el cultivo de textiles; trajes aldeanos, que responden a modas del siglo XVIII (lo cual no explica ciertamente las muy diversas formas femeninas de toscado), ritos de boda con matiz de negocio y resabios paganos en muchas fiestas del año.

No menciona los zahoríes alemanes con su varita; ni la superstición inglesa del nombre de la liebre en el campo y en el mar o del cerdo en la pesca, o la francesa del nombre de la guigne (ou de la veine), que se remedian tocando hierro frío o madera; ni el número 13.

En los griegos indica el abono exclusivamente de estiércol de oveja o cabra, el arado muy primitivo; las uvas se pisan con los pies y el vino se guarda en pellejos embreados; las paredes son de mampuestos, el techo terrado, no hay más que piso bajo y en él se acoge el ganado, la cama es una tarima, el ajuar tinajas, el canto llorón y monótono, en general todo ello sin apenas rastro de verdaderas peculiaridades antiguas.

Muchos de los rasgos mencionados por el autor no saber tener ocasión de observar los turistas de grandes hoteles de ciudad o balneario, que vuelven acá con la muletilla de «en este país...»; a otros les saben bien porque son de fuera; los hay recargados o eludidos según de qué país se trate; también se podrán hallar analogías no señaladas por el autor. El señalarlas nosotros o respectivamente el destacar diferencias donde señala analogías, nos llevaría demasiado lejos y merecen un estudio más detenido.

Telesforo de ARANZADI